

INDIVIDUO Y SOCIEDAD EN LA OBRA DE ALFRED ADLER: HACIA UNA PERSPECTIVA ETICA EN PSICOLOGIA

JAVIER SERRANO
Departamento de Psicología Social
Universidad de Barcelona

Fue G. Santayana el que advertía que, aquel que ignora la historia de la filosofía está condenado a repetirla. Parece razonable pensar que esta sabia advertencia es también aplicable a la disciplina psicológica. En este sentido, estas líneas reclaman una nueva aproximación a la obra de A. Adler, en un intento por superar una falsa dicotomía alimentada por las ortodoxias adlerianas y freudianas principal y respectivamente. Ambas posiciones, a menudo dogmáticas y francotiradoras, han eliminado con su inflexibilidad la posibilidad de un acercamiento crítico y no sectario al pensamiento de Adler. Lo cierto es que, con razón a sin ella, la Psicología Individual adleriana no ha sido bien tratada ni en los círculos clínicos ni en los académicos.

Tempranamente, Adler vio frustradas sus esperanzas de incorporarse al estamento docente de la Universidad de Viena. Su tesis de ingreso - El "Carácter neurótico", obra clásica para muchos- fue rechazada por el tribunal. Este hecho, que provocó resentimiento en Adler, tuvo, a mi juicio, un aspecto positivo: el alejamiento del espacio académico dio lugar a una investigación que fue nutriéndose de elementos vivos y prácticos, dando lugar

a un corpus teórico totalmente empapado de eso que se ha dado en llamar "el mundo de la vida".

Al sumergirse en el tejido social, Adler no puede sino adoptar una perspectiva cálida cuyo objetivo consistirá en comprender a ese ser que llamamos hombre en toda su globalidad y en el único marco donde puede crear sentido: en la sociedad. De este modo, el flujo constante de experiencias que es "el mundo de la vida", irá proporcionando a Adler el inagotable material con el que diseñar un modelo de intervención psicológica fuertemente impregnado de componente social. Como consecuencia, la elaboración teórica presenta, a lo largo de toda su obra, unos perfiles incontrovertiblemente prácticos y que reponderarán de forma invariable a interrogantes del tipo ¿para qué?, y, ¿hacia qué fin?, más que al tradicional ¿por qué? del modelo causal. Para algunos (Ansbacher, Titze), Adler se situó desde un buen principio en la tradición que culmina en la fenomenología moderna y en los postulados intencionales o teleológicos sobre el psiquismo humano. El modelo de hombre capaz de proponerse objetivos, junto con el acento en los procesos intersubjetivos irán cobrando importancia en la teoría adleriana en detrimento de los determinismos instintivos o ambientales.

Esta psicología práctica, para ser usada, que Adler irá desarrollando y enriqueciendo a lo largo de tres décadas en un incesante proceso autosuperador, presenta, creo yo, un elemento cohesionador que aparece tímidamente al comienzo de su obra pero que, en su etapa de madurez, acabará por convertirse en el eje fundamental. Me refiero a la perspectiva ética.

Tanto en su concepción del hombre como de la sociedad o el mundo, Adler introduce explícitamente un determinado punto de vista. Para él, no todo vale por igual y no cualquier elección es la elección correcta. Existen proyectos vitales que liberan y emancipan pero también los hay que someten y neurotizan. En mi particular y subjetiva interpretación del pensamiento que vive en los textos adlerianos, creo vislumbrar un rasgo diferenciador respecto a otras corrientes: allí donde otros colocan a la ética, es decir, la reflexión sobre los modos y las normas de la conducta humana, como un apéndice de su obra o, a lo sumo, algo sobre lo cual es menester prestar atención, Adler acaba integrándola como el factor directriz sin el cual todo su

edificio teórico se viene abajo. A mi juicio, Adler no habla de ética sencillamente porque se dedica a hablar y actuar desde ella. No habla de cómo respira. Se dedica, sencillamente, a respirar.

Cuando interrogamos a un texto y queda establecido ese peculiar diálogo con él, puede resultar útil esbozar preguntas a la luz de las cuales se reconstruye uno de los sentidos posibles de ese texto. Siendo osado, puede decirse que la ficción directriz que guía el pensamiento de Adler se desprende a partir de las respuestas a estas preguntas: ¿Qué es el hombre?, ¿Qué quiere el hombre?, ¿De qué modo y en qué condiciones quiere?.

1. EL HUMANISMO CRITICO Y LA COMPRESION DEL HOMBRE EN SU GLOBALIDAD.

La respuesta a la pregunta ¿Qué es el hombre? viene dada como consecuencia de la posición antropológica de Adler, de su particular intuición de lo que el hombre es y que está implícita en su comprensión del mundo. El hombre es para Adler un ser fundamentalmente activo, libre y creador. Un ser que toma en su autoconstrucción los materiales que le ofrecen la herencia y el ambiente, pero que no ejercen sobre él una sobredeterminación, en palabras de Adler: "todas estas influencias forman el material que sirve al niño para construirse, mediante una actividad que participa del juego y del arte, su estilo de vida" (Adler, 1941, 26). El hombre aparece así definido como un ser libre cuyos límites le vienen de la naturaleza de su propia actividad. Y es a la luz de esta posición ante el hombre como debe entenderse el abandono por Adler del método causal de la ciencia natural y su opción por el método comprensivo. Comprender, más que explicar, es su intento. Además, la libertad y creatividad humanas sólo pueden nacer del núcleo de la subjetividad, siendo la comprensión el mejor modo de dar cuenta de su relación del hombre con sus actos libres. Adler hablará de empatía para definir ese proceso relacional.

Junto a esta aproximación comprensiva al núcleo libre y creador de la subjetividad humana, Adler define su posición respecto a la naturaleza humana a través de varios principios que, fundamentalmente, podrían ser resumidos en tres: el

principio teleológico; el principio de dinamismo; el principio de unidad de la personalidad.

Mediante el primero, el hombre es un ser que se autoconstruye en relación a un proyecto con sentido, un proyecto por el cual asume la paternidad de sus actos. La meta final ficticia está presente consciente o inconscientemente en cada individuo. A través del segundo, el hombre es concebido como un ser regido por su propia ley de movimiento, ley que domina sus funciones y expresiones y que les confiere dirección (Adler, en Ansbacher, 1968, 54). Este principio dinámico representa el canal por el que discurre lo que Adler denomina la "ficción directriz del individuo". Así la estrategia vital de un individuo pertenece al dominio de la "ficciones necesarias" que, si bien en sí misma puede carecer de sentido (Vaihinger, 1911) posee sin embargo una importancia fundamental a la hora de dar seguridad a nuestro comportamiento y a la vida misma. Por último, el principio de unidad o totalidad establece que todos los componentes del psiquismo humano se organizan y equilibran espontáneamente según el fin autoestablecido. Unidad, pues, por la que el hombre aparece como "indivisible" y cuya organización mental se encuentra dominada por estructuras de totalidad. Una totalidad que se mantiene permanentemente abierta en ese proceso de autoconstitución del sentido y con él su personaje y su historia.

A la luz de estos principios, la psicología adleriana queda definida, a mi juicio, en una doble vertiente. Por un lado, lo que podría denominarse la posición del humanismo crítico. Este, trata de superar las deficiencias y abusos del humanismo tradicional y racionalista, el cual había identificado sujeto y conciencia, o bien, yo y pensamiento reflexivo. En efecto, frente a la ilusión de una conciencia ingenua, el humanismo crítico opone una conciencia que tiene en cuenta las fantasías y ficciones de las que se nutre y que discurren en un plano que queda fuera del alcance directo de su reflexibilidad. Por otro lado, es unidad que Adler descubre en todo hombre y que le define, está constituida por una meta, por un proyecto vital, que nace de la profundidad del querer humano del que toma aliento y que puede llegar a explicitarse consciente o racionalmente como ideal ético. Un ideal que se construye no desde la necesidad sino desde la libertad de lo posible. Es, pues, una conquista, no un punto de partida. Y es este ideal ético que se encuentra detrás del

personaje que representamos el que haría de la psicología adleriana una psicología del desenmascaramiento.

2. ¿QUÉ QUIERE EL HOMBRE? AFAN DE SUPERIORIDAD E IDEAL DE PERFECCION.

La concepción humanista, crítica y ética acerca del hombre, no le vino dada a Adler de una vez por todas, sino que, como es natural, resultó fruto de diversos giros e inflexiones a lo largo de su obra, que finalmente convergen en esta posición. Se trata, pues, de una conquista largamente elaborada, en la cual, a mi juicio, se pasó por tres momentos teóricos que reflejan otras tantas situaciones vitales. Estos tres estadios teóricos pueden ser caracterizados según fuera la definición dada por Adler del motivo rector que impulsa la vida del ser humano. Así, el hombre era percibido por Adler como: ser agresivo; ser poderoso; o bien, como ser superior. En los tres casos, y a pesar de las diferencias de contenido, existían elementos comunes que permanecieron invariables a lo largo de toda la obra. Por una parte, Adler mantuvo durante toda su labor investigadora, la necesidad de postular una teoría monista de la motivación. En este sentido, es imprescindible resaltar el influjo ejercido por el más audaz filósofo alemán F. Nietzsche a través de su concepción de la Voluntad de poder. En oposición a la teoría dualista freudiana, Adler nos recuerda al autor de Así habló Zaratustra cuando define a la fuerza impulsora en el hombre, como una suerte de movimiento o proceso en una dirección que va de lo inferior a lo superior, de una situación de minusvalía a otra de plusvalía, una fuerza que genera constantemente un esfuerzo en pos de mayor potencia y un querer situarse en la posición del "arriba".

Algunos autores, entre los que cabe destacar Ellenberger (1970) y Stepansky (1983), aseguran que resulta imprescindible tener en cuenta las posiciones y propuestas teóricas psicoanalíticas de Adler, para conseguir entender muchos de los desarrollos posteriores. Adler se integra en el círculo portando una experiencia médica y social importante. Y, al mismo tiempo que en sus escritos deplora la discrepancia existente entre los aspectos científico y social de la medicina, apuesta abiertamente por los movimientos progresistas de contenido socialista. En 1904 publica un largo artículo con el título "El médico como

educador", en el que, según Ellenberger, queda ya elaborada una completa teoría de la educación y aparecen ideas claves en su pensamiento posterior: el papel de la inferioridad orgánica, el retrato del niño mimado, y el valor terapéutico de la confianza en sí mismo y del valor.

Estos presupuestos teóricos e ideológicos psicoanalíticos, deben estar presentes a la hora de alumbrar el verdadero significado del debate que terminará con la separación de Adler del círculo psicoanalítico. Curiosamente, a pesar de su decantación por privilegiar el contenido social del psiquismo humano, Adler todavía no renuncia a su posición médica y biológica, por lo que propone, en uno de sus primeros trabajos importantes (1908), que se considere al instinto agresivo como la principal fuerza dinámica y el más alto principio de la teoría motivacional. Sin embargo, y en buena lógica, no tardó en sustituir este principio por un concepto altamente discutido: "la protesta masculina".

La protesta masculina es ahora esa fuerza dinámica concebida como el impulso mediante el que se refuerza el sentimiento de la propia potencia, compensando así el subjetivo sentimiento de inferioridad. Lo más importante aquí es el concepto de compensación. En realidad, todos empleamos la compensación en nuestro esfuerzo por superar inferioridades reales o imaginarias. La diferencia entre el individuo neurótico y el no neurótico es que el primero exagera la compensación, es decir cronifica la sobrecompensación que se convierte en el modo corriente de su conducta.

En la discusión desatada en torno a la "protesta masculina", Adler critica la pulsión sexual freudiana y la considera como subordinada a la idea directriz de la Voluntad de poder. El lenguaje sexual es visto así como manifestación simbólica y expresión de algo más profundo, que es el sentimiento de potencia. Este, a su vez, toma una dirección a través de lo masculino (reforzado culturalmente) para asegurarse la superioridad y evitar la inferioridad o inseguridad. La relación entre los sexos se revelará, en su ausencia, como relación de poder y es en relación a ésta como debe interpretarse la sexualidad. De esta forma, los mecanismos de compensación y con ellos la propia neurosis quedan atravesados por el afán de dominio.

Como es bien sabido, esta discusión provoca un progresivo distanciamiento del círculo psicoanalítico, que desembocará en la ruptura de 1911. A partir de entonces, Adler buscará afanosamente delimitar el papel y el contenido que cada uno de los postulados teóricos desempeñan en su recién creada Psicología Individual. Y en este proceso, el penoso acontecimiento que representa la primera Gran Guerra, parece haber introducido elementos esenciales en la nueva estructuración de su teoría psicológica. Adler, como se ha dicho, había leído a Nietzsche, pero también a Darwin y Lamarck, y aceptaba en gran parte los resultados del evolucionismo. De acuerdo con éstos, y como desarrollo de sus posiciones anteriores, repite su idea de entender la vida como un movimiento hacia una meta, meta hacia la que se tiende a través de la superación de resistencias que el medio ambiente opone al organismo. Esta lucha por dominar los obstáculos se denominará ahora Afán de superioridad o afán de perfección. En palabras de Adler: "vivir significa desarrollarse" y el afán de perfección es "innato como algo que pertenece a la vida, una tendencia, un impulso, un desarrollo, un algo sin el cual no se podría siquiera concebir la vida" (Adler, en Ansbacher, 1968, 38).

Sin embargo, más que la definición de esa fuerza rectora en el hombre, que por otra parte Adler nunca acierta a categorizar de forma precisa, será la relación de esa fuerza con la teoría de la neurosis lo que merece verdadera atención. Si hasta entonces el marco de referencia en el que situar la tendencia a la superioridad es, sin duda alguna, el del individuo neurótico, a partir de este momento, dicho marco corresponde al del hombre en general, el hombre "mentalmente sano". Antes y en referencia a los mecanismos de compensación y sobrecompensación, la delimitación de la neurosis era una cuestión de grado. Ahora, si neurótico y no neurótico se afanan por igual en la búsqueda de la perfección, es necesario introducir un criterio de normalidad (Ansbacher, 1956), a partir del cual nos sea permitido desentrañar los procesos neuróticos. Es evidente que no será ya el grado sino la estructura lo que definirá una neurosis. Por otro lado, ya no vemos al hombre en general a la luz del hombre neurótico sino que la mirada es justamente la contraria. Pero, ¿cuál es ahora ese criterio fundamental que nos permite radiografiar la neurosis? Adler propondrá el término *Gemeinschaftsgefühl* como criterio interpretativo (1).

3. LA VERDAD DE LA VIDA SOCIAL: EL SENTIMIENTO DE COMUNIDAD.

¿Cómo es definido este sentimiento de comunidad? Tratemos de destacar los rasgos esenciales. A pesar de los malentendidos, y como su propio nombre indica, la psicología individual adleriana afronta los procesos psicológicos del individuo único y singular, a su vez, sólo es accesible en el marco de la sociedad a la que pertenece, y sólo puede llegar a ser comprendido como ser social. Es de acuerdo con este presupuesto que Murphy (1949) pudo decir: "El de Adler fue el primer sistema psicológico en la historia de la psicología que se desarrolló en dirección a lo que hoy denominamos ciencias sociales". No obstante, Adler fue más allá del marco social. En último análisis, Adler fue más allá del marco social. En último análisis, Adler integra el nivel cosmológico y así, el hombre, como integrante de la Humanidad es considerado como una parte de esa Totalidad o Naturaleza cósmica.

En este momento de su obra, Adler, parece querer recuperar para la psicología elementos importantes de la antigüedad estoica. Así, Adler entiende que el ser humano individual "comparte una propiedad que pertenece a la naturaleza en el sentido cósmico. Y porque la Naturaleza cósmica abraza todo lo existente, el hombre individual es una parte del mundo, en un sentido ajustado y cabal. Sucesos cósmicos y acciones humanas no son, por tanto, acontecimientos de dos órdenes completamente diferentes; en un último análisis, unos y otros son igualmente consecuencia de una cosa - el logos" (Long, 1975, 112).

En los propios términos adlerianos, el sentimiento de comunidad "significa, particularmente, sentir con el todo, sub especie aeternitatis, bajo el aspecto de la eternidad. Significa un anhelo por una forma de comunidad que debe pensarse tan perdurable como pudiera pensarse si la humanidad hubiera alcanzado la meta de la perfección. No es nunca una comunidad o una sociedad del presente, ni una forma política o religiosa. Más bien, la meta apropiada a la perfección tendría que representar a la comunidad ideal de toda la humanidad, el último cumplimiento de la evolución" (Adler, en Ansbacher, 1964, 40). Este anhelo o meta debe concretarse, como no puede ser de otra forma, en un ideal normativo, un ideal ético. Un ideal cuyo

criterio regulador debe estar presidido por la razón, esa razón que tiene validez general y que rige el criterio de normalidad (¿acaso podríamos juzgar si no tuviéramos implícito un criterio de normalidad?). Como consecuencia de ésto, Adler parece querernos decir que, si de verdad aspiramos a conocer a los hombres, debemos integrar: una ciencia del individuo (Psicología individual o Antropología); una ciencia de las relaciones del individuo con la sociedad (Psicología Social); una ciencia de los modos, proyectos y normas de los que se nutre el individuo y la sociedad (Ética); una sabiduría que vaya más allá del puro individuo físico y que lo trascienda (Metafísica). Una visión, pues, rica y amplia, que puede asustar a más de un psicólogo.

Este planteamiento adleriano del sentimiento de comunidad, provoca, como es fácil de entender, unas reacciones radicalmente contrapuestas y plenas de polémica. De entre ellas se podrían distinguir dos, a mi juicio las más importantes y que, sucintamente se expresarían así: para la primera, con la introducción de *Gemeinschaftsgefühl* Adler renuncia a su status científico y se convierte o bien en un reformador social o, en el peor de los casos, en un profeta: un profeta que ofrece un mensaje salvífico al mundo. El rol del psicoterapeuta deja paso al rol del moralista social. Además, la teoría ya no se valida a la luz de los descubrimientos clínicos, sino que por el contrario, los datos clínicos deben adaptarse a la plantilla mental prefabricada. Sentimiento de comunidad, pero ¿a qué comunidad nos referimos?. En este sentido, no podremos encontrar texto alguno donde Adler nos lo aclare y por lo tanto no podemos sino dejar en manos del psicólogo individual, a la luz de sus propios valores el significado del término. Esto puede conducir a una concepción puramente adaptativa y conservadora de la intervención psicoterapéutica. Hasta aquí la primera reacción.

Para la segunda, el *Gemeinschaftsgefühl* expresa, en último término, una forma de relación interpersonal definida como comunicación racional. El interés por la comunidad (el lugar de los otros) es un proyecto ético por cuanto no hay más ética que la que se constituye frente a los otros, y es por tanto un empeño social (Savater, 1982). Es verdad que Adler no nos dejó una descripción precisa del sentimiento de comunidad, aunque, al tratarse de un ideal, debemos continuar donde Adler lo dejó y

llenarlo de contenido teniendo presente su compromiso social e ideológico. Aquel compromiso nos permite interpretar que, en ningún caso, se puede caer en una mera adaptación crítica del individuo a las normas de una determinada sociedad en aras de salvaguardar su salud psíquica. Por otra parte, esa obra abierta que es la psicología adleriana, parece haber sido concebida para ser superada continuamente y, en este sentido, tiene tanto interés el desarrollar lo que dijo como lo que dejó de decir y que se encuentra latente. Psicólogos individuales como Titze han tomado las formalizaciones piagetianas del desarrollo moral e intelectual en el niño integrándolas en el concepto de Estilo de vida. Definiciones como esta: "la Psicología Cognitiva nos ofrece la imagen de un sujeto activo, que no se limita a responder pasivamente a los estímulos del medio, sino que los elabora significativamente, organizando su actividad con arreglo a los planes y estrategias que controlan y guían su conducta" (en Rivière, 1987, 15), ¿no son acaso fiel y actual reflejo del perfil de sujeto que se ha tratado de dibujar en las páginas anteriores?. Si bien no sería riguroso admitir una total coincidencia entre las definiciones cognitiva y adleriana de sujeto, sí se podría admitir que en esta última hay una posible lectura cognitiva. Y lo mismo cabría decir de una posible interpretación humanista, existencial, o culturalista de Adler.

4. LA PROPUESTA ADLERIANA Y LA PSICOLOGIA ACTUAL

En una reciente conferencia (2) programada como una lección en el ciclo "Horizonte Científico de España", el profesor Pinillos reflexionaba en voz alta acerca de la situación de la psicología hoy y de su capacidad de auxilio al hombre moderno. A mi juicio, dos razonamientos del Prof. Pinillos merecen ser resaltados en relación a estas páginas. Por un lado se destacaba una paradoja: la psicología científica había renunciado a investigar algo que, en verdad, es lo que define al ser humano, es decir, la subjetividad. ¿Cómo un método que busca objetividades podía estudiar subjetividades?. Por otro lado, había un deseo: teníamos que rehumanizar la psicología y tratar de dar cuenta del mundo moral y ético en el hombre, largamente olvidado. En ambos casos cabía el rigor y accesibilidad de una veraz investigación psicológica.

Al mismo tiempo, los avances en todos los frentes de las ciencias de la vida, especialmente la biología de la medicina, provocan una incesante reflexión sobre las consecuencias que para grandes poblaciones humanas tienen los constantes descubrimientos. La multiplicación de las publicaciones revela un interés creciente no sólo de los especialistas sino de amplias capas de población. Se ha inventado la bioética. Médicos y biólogos, como anteriormente hicieron los físicos, meditan sobre las consecuencias de esa aproximación. Nosotros podríamos preguntarnos ¿y los psicólogos? ¿hacen lo mismo?.

Un escritor comentaba no hace mucho si en estos momentos en que nos toca vivir, no habríamos pasado de la hasta hace poco "insoportable gravedad del ser" a ésta no menos "insoportable levedad del ser". A decir verdad, el saber de nuestro autor, Adler, parece a menudo insoportablemente grave. Sin embargo, tengo el íntimo convencimiento que aquel ideal que nos proponía iba destinado a tirar de la realidad hacia adelante, no un modelo para ensimismarnos en él. Ocurre también que cualquier intento de valorar la obra de Adler ha de advertir una paradoja resaltada muy bien por Ellenberger (1970), que escribe: "El impacto de la psicología individual sobre la psicología contemporánea está fuera de toda duda. Hans Hoff declaró que Adler inauguró la medicina psicosomática moderna, fue el precursor de la psicología social y del enfoque social de la higiene mental, fundó la psicoterapia de grupo, y su concepción del ser creador en su dirección hacia un fin, responsable del estilo de vida, le convierte en el padre de la psicología del yo. (...) Sin embargo, nos encontramos con el fenómeno asombroso de la negación colectiva de la obra de Adler y de la atribución sistemática a otros autores de cualquier cosa ideada por él". Y bien, la pregunta es inevitable, ¿qué ha sucedido?. Pues, quizá convenga recuperar un clásico del pasado que bien pudiera ayudarnos a conocer mejor el presente.

RESUMEN

El carácter distintivo de la psicología adleriana reside en el reconocimiento del proyecto o ideal ético en el hombre. La

aproximación al hombre debe hacerse desde la comprensión del enfoque unitario de la personalidad. Adler cree que el hombre es, en esencia, un ser libre y creador, una totalidad abierta en continua autosuperación, autoconstruyéndose en el movimiento que anhela la perfección. Sin embargo, este camino debe ser recorrido a la luz del sentimiento de comunidad si quiere resultar sano y útil a la generalidad de los hombres. Este sentimiento, que a la vez es un ideal, hace aparecer una divergencia respecto a la psicología adleriana: para unos, es una mera especulación vacía; para otros, refleja la genialidad de su autor.

NOTAS

- (1) Como señala Munné en este mismo número de revista, este término alemán, que significa literalmente sentimiento de comunidad, no parece haber tenido demasiado éxito en sus traducciones inglesa o castellana. "Social Interest" o "Interés Social" no han ayudado a enriquecer y precisar su significado original.
- (2) Conferencia pronunciada por el Prof. Pinillos el día 25 de Mayo de este mismo años en el marco de "Lecciones de Barcelona" organizado por el Círculo de Lectores.

BIBLIOGRAFIA

- ADLER, Alfred, 1984: *El carácter neurótico*. Barcelona, Paidós.
- ADLER, Alfred, 1975: *Conocimiento del hombre*. Mdríd, Espasa-Calpe.
- ADLER, Alfred, 1941: *El sentido de la vida*. Barcelona, Luis Miracle, 1935.
- ANSBACHER, H.L. y ANSBACHER, R. (eds.), 1956: *The individual Psychology of Alfred Adler*. New York, Harper and Row. (Hay traducción castellana en Ed. Troquel, Buenos Aires, 1959).

- ANSBACHER, H.L. y ANSBACHER, R. (eds.), 1968: *Superioridad e interés social por A. Adler. Una colección de sus últimos escritos.* México, F.C.E.
- ELLENBERGER, H.F., 1970: *El descubrimiento del inconsciente. Historia y Evolución de la Psiquiatría dinámica.* Madrid, Gredos, Biblioteca de Psicología y Psicoterapia.
- MURPHY, Gardner, 1949: *Historical introduction to modern psychology.* New Yor, Harper.
- NIETZSCHE, F., 1973: *En torno a la Voluntad de poder.* Barcelona, Península.
- RIVIERE, Angel, 1987: *El sujeto de la Psicología Cognitiva.* Madrid, Alianza Psicología.
- SAVATER, F., 1982: *Invitación a la ética.* Barcelona, Anagrama.
- STEPANSKY, P.E., 1983: *In Freud's Shadow. Adler in Context.* Hilldale, N.J., The Analytic Press.
- TITZE, M., 1983: *Fundamentos del teleoanálisis adleriano.* Barcelona, Herder.